

Esta necesaria e interesante monografía se estructura en diversos epígrafes en los que escriben investigadores de reconocido prestigio. El origen de la misma fue un Coloquio homónimo, que se celebró en el Aula Magna de la Facultad de Letras de la Universidad regional en Ciudad Real, los días 28 y 29 de septiembre de 2017. La obra va dedicada, como no podía ser de otra forma, a la memoria del Catedrático de Historia Antigua José María Blázquez Martínez, quién se interesó profundamente sobre diversos aspectos de la economía en Hispania.

El prof. Dr. Gregorio Carrasco Serrano, del Área de Historia Antigua de la Facultad de Letras de la Universidad de Castilla-La Mancha coordina la serie que este investigador ha ido desarrollando para el estudio de la Antigüedad de la Meseta sur; desde estas líneas queremos recordar monografías tan importantes como *Los pueblos prerromanos en Castilla-La Mancha* (Cuenca, 2007), *La Romanización en el territorio de Castilla-La Mancha* (Cuenca, 2008), *La ciudad romana en Castilla-La Mancha* (Cuenca, 2012), y *Vías de comunicación romanas en Castilla-La Mancha* (Cuenca, 2017). De hecho, no solo ha sido el coordinador de la obra que aquí se reseña, sino que ha contribuido a la misma con un capítulo inicial dedicado a la economía romana en la provincia de Ciudad Real (pp. 13-43). En el mismo, el autor comienza por analizar diversas unidades de explotación agropecuaria, a partir de diversos tipos de fuentes, abordando las principales *villae*. Y es que como sabemos, el campo fue la base de la economía en la Antigüedad, aunque este ámbito fue mucho más heterogéneo de lo que pensamos. Después se explican los extensos recursos minero-metalúrgicos, cuyo gran centro sería *Sisapo* (La Bienvenida, Almodóvar del Campo), situado en pleno valle de Alcudia, los textos plinianos nos relatan la extracción del minio (PLIN. *N.H.*, XXXIII, 118), junto a los interesantes vestigios epigráficos que aclaran la complejidad del viario (CIL, II², 7, 699 a y CIL, II, 3270). Además, su completo estudio pone el acento en los interesantes hábitats creados por los poblados mineros, como el de Valderrepisa (Fuencaliente, Ciudad Real), de cronología temprana entre el s. II a.C. y mediados del s. I a.C. De hecho, el área suroccidental de la provincia, denota una extraordinaria riqueza minera, a través de sus múltiples enclaves, con el desarrollo particular de la galena-argentífera (p. 28).

Respecto a las canteras, destacan las conocidas del *municipium Flavium Laminitanum* (Alhambra), en la comarca del Campo de Montiel. De nuevo, Plinio nos habla sobre estas rocas afiladeras de arenisca, tremendamente usadas para instrumentos de hierro (PLIN. *N.H.*, XXXVI, 165), pero también en materiales constructivos, escultóricos y epigráficos (p. 29). Lo interesante de este desarrollo comercial, no es solo la existencia de evidentes circuitos de exportación, sino de la llegada de una serie de materiales de importación, que nos transmiten los registros cerámicos (cerámica itálica de barniz negro, ánforas Dr. 1, *terra sigillata* itálica o *sudgálica*), cada vez más extendidos en los distintos yacimientos: *Oretum*, *Mentesa*, *Sisapo*, Diógenes, etc. La circulación monetaria es otro indicio importante para los flujos comerciales, destacando el temprano conjunto de Los Toriles-Casas Altas (Villarrubia de los Ojos), vinculado a la Segunda Guerra Púnica (p. 31). Otros conjuntos, –en este caso atesoramientos– serían los Torre de Juan Abad y Almadenejos, de finales del s. II a.C. y comienzos de la siguiente centuria, respectivamente. En el importante *oppidum* de Alarcos, se registran amonedaciones de Cástulo, que se vinculan con la Alta Andalucía. Ya en época augustea y tiberiana, destaca la tremenda proliferación de acuñaciones del Valle del Ebro (*Caesaraugusta*, *Celsa*, *Cascantum*, entre otras), la vía *Per Lusitaniam ab Emerita Caesarea Augusta* (It. Ant., 444, 3-446, 3) debió de ser determinante para estos flujos comerciales. Finalmente, se recalca la importancia del viario. Su contribución se cierra con un estudio muy detallado en la zona –que el autor conoce sobradamente, pues ha sido objeto de excelentes trabajos previos por su parte– junto a la mencionada vía *Augusta Emerita-Caesaraugusta*, destacan otras calzadas: *Iter a Laminio Toletum* (It. Ant., 446, 4-446, 3), *Iter a Laminio alio itinere Caesarea Augusta* (It. Ant., 446, 8 ss.). Es interesante destacar también los Vasos de Vicarello (CIL, XI, 3281-3284), que registran calzadas de la parte suroriental de la provincia. El *Anónimo de Rávena* tiende a completar este panorama.

Por su parte, la Dra. Rubí Sanz Gamó explica la importancia de la circulación monetaria romana en la provincia de Albacete (pp. 45-102). Partiendo de noticias y hallazgos registrados en el Archivo del Museo Provincial durante el s. XIX, recoge no solo las colecciones del citado museo –que conoce magníficamente, ya que es directora del mismo–, sino de las colecciones numismáticas de los Ayuntamientos. Metodológicamente su estudio estructura diversas zonas de la provincia de Albacete, –La cuenca media del Júcar, Los Llanos de

Albacete, el Campo de Hellín (*Ilunum*, Tolmo de Minateda), para llegar al sector oriental y el occidental (*Libisosa*, Lezuza) y terminar en las Sierras de Alcaraz y Calar del Mundo-. Se ofrecen, además, completos mapas, por épocas y zonas, que permiten seguir las corrientes de abastecimiento de numerario, entre la época de las cecas prelatinas, las amonedaciones republicanas, altoimperiales, y las del Bajo Imperio. El completísimo estudio muestra los cuatro tesoros de Nerpio, Riópar, Tobarra y Fuenteálamo, junto a otra serie de casos, que distingue como ocultaciones. Precisamente la autora, nos advierte sobre los problemas de la identificación de una moneda como indicador cronológico en un conjunto arqueológico cerrado, como ponen en evidencia las excavaciones de Tolmo de Minateda (Hellín), que nos demuestran una larga vida activa de las mismas (pp. 71-73). En el estudio se pone de relieve el dominio de las cecas indígenas de *Castulo* e *Ikalesken*, vinculadas a explotaciones mineras y salinas, respectivamente. Se registra un incremento del numerario durante el Principado de Augusto y el fin de la dinastía Julio-Claudia, que se acrecienta durante los Antoninos, gracias al éxito del sestercio frente a otros valores. Pese a la crisis del sistema fiscal durante los Severos, existe un fuerte incremento de las monedas durante finales del s. III y principios del s. IV d.C., relacionadas con el desarrollo del modelo de explotación rural, vinculado con la *annona*. Así lo demuestra el mayor flujo de monedas de Constantino I y Constancio II, que se verá reducido desde el mandato de Teodosio (p. 92).

Siguiendo con el orden del volumen, la prof. Dra. Rosario Cebrián Fernández de la Universidad Complutense, directora del Parque Arqueológico de Segóbriga, nos ofrece una visión muy completa de la denominada por Plinio “*caput Celtiberiae*” (PLIN. *H.N.*, 3, 3, 25) y su tráfico comercial en la Meseta Sur durante el s. I d.C., a través de sus contextos cerámicos (pp. 103-126). Su contribución ofrece una extraordinaria y novedosa visión de la apertura comercial segobrigense, especialmente entre el mandato de Claudio y Nerón –abierto al puerto de *Narbo Martius* (Narbonne, Francia) y, también, al de *Carthago Noua* (Cartagena, Murcia)– desde el que se producía la incursión por la principal vía terrestre hacia *Complutum*, especialmente de envases anfóricos extra-peninsulares e hispanos (vinarios, olearios, de salazones de pescado, junto a dátils y frutos secos de origen oriental), con importantes tipos, pero algo escasos –especialmente para las ánforas de aceite, lo que incide en la hipótesis de producciones locales– en contraposición a las cerámicas importadas, *terra sigillata* aretina, sudgálica, cerámicas itálicas de cocina, morteros, etc. (p. 107). Materiales atestiguados en varios contextos cercanos al criptopórtico norte del foro, muralla-anfiteatro, termas del teatro, vertedero del anfiteatro, entre el teatro y el foro, datados entre la época tardorrepublicana y el último cuarto del siglo I d. C.

Por su parte, en un muy meritorio trabajo (pp. 127-166), el prof. Dr. Jorge Sánchez-Lafuente reflexiona sobre los patrones de organización territorial del paisaje rural agrario del ámbito provincial de Guadalajara, que divide en tres sectores: comarcas de occidente, del centro y de oriente. Coincidente con los *territoria* de las ciudades de *Complutum* (Madrid), *Caraca* (Guadalajara), *Tiermes* (Soria), *Ercavica* (Cuenca), *Arcobriga* y *Bilbilis* (Zaragoza). El resultado, es un trabajo que parte de la Arqueología del territorio y del paisaje, de hecho, es un sensacional repaso no sólo a los que debieron ser los cultivos principales de las *villae* que articularon la explotación de dichos *territoria* sino, también, a los que, a su juicio, pueden ser los patrones de asentamiento y condicionantes a tener en cuenta en la zona: ubicación de los centros de explotación siempre por debajo de los 900 m. de altitud, aprovechamiento intenso de las terrazas fluviales, notable disparidad de cultivos –en el que la uva era la producción más rentable, seguido del olivo, con sus correspondientes *torcularia* (pp. 133-134). Asimismo, existe una gran heterogeneidad de conjuntos, con algún *vicus*, a veces pequeñas explotaciones, denominadas *villulae* altoimperiales, a veces grandes *latifundi* con clara tendencia a la autarquía o al aprovisionamiento de ciudades cercanas –o incluso por qué no– destinadas a la *annona* bajoimperial (p. 158), donde dominaría la producción cerealista. En definitiva, era una zona donde la importancia de prados (*pascua*) y zonas boscosas (*saltus*), determinaba su gran cabaña ganadera ovina desde época celtíbera, como demuestra la arqueozoología de la zona (p. 152).

A Julio Mangas le corresponde un capítulo (pp. 167-202) en el que el Catedrático de la Universidad Complutense de Madrid, con el pretexto de estudiar la conexión comercial y personal entre la Meseta Sur y la Meseta Norte –escudriñada a partir del estudio de las menciones de *origo* atestiguadas epigráficamente (p.170)– pasa revista a algunos de los productos que, como la piedra de afilar de *Laminium* (PLIN. *H.N.*, 36, 165), la sal de la controvertida localización de *Egelesta* (PLIN. *H.N.*, 31, 80), el esparto procedente del *ager spartarius* (PLIN. *H.N.*, 19, 8, 28-30), el cinabrio de *Sisapo* o el citado *lapis specularis* segobrigense (PLIN. *H.N.*, 36, 160-161), el impermeabilizante de la pez, el comino, el aceite de la Meseta Sur, los cuchillos de *Toletum* o los recursos

ganaderos trashumantes (registrados por las *tesserae* y las *origo* de *Clunienses* y *Uxamenses* en lugares de la Meseta Sur, p. 174), entre otros, configuran una detallada lista de recursos económicos vertebradores de la producción de muchos territorios peninsulares.

El también profesor y Catedrático de la Universidad de Murcia, José Miguel Noguera, nos ilustra sobre los talleres (*officinae*) y artesanos de escultura romana (*artifices*) en la Meseta sur. En primer lugar, surgió en Italia una producción escultórica seriada, que podríamos tildar de oficial, con escultores itálicos, aunque con la romanización, esas esculturas/escultores entraron en contacto con los talleres locales hispanos, dando lugar a un arte provincial íbero-romano o simplemente, tardorrepublicano. De esta forma, el fulgurante proceso de urbanización experimentado por los territorios provinciales occidentales desde época cesariana, y sobre todo augustea en adelante, incrementó su enorme campo de trabajo, y es que las comunidades cívicas demandaban nuevos espacios de auto-representación públicos y privados (pp. 209-210). Sabemos de la emigración de artífices itálicos a las capitales provinciales, que impondrían una serie de “modelos marmóreos”, sobre los escultores nativos. De este modo, se desarrolló un arte provincial, que imitaba al de la *Vrbs*, pero que tendía a descuidar los detalles y acabados refinados de la labra. Los talleres meseteños mantuvieron siempre el uso de la piedra local, continuando las tradiciones locales especialmente en el ámbito técnico. Sus escultores pudieron ser itinerantes, reproduciendo rasgos como la frontalidad, la rigidez, composiciones axiales, dando lugar al denominado por R. Bianchi Bandinelli como “arte popular o plebeyo” (p. 216), que queda bien representado en el ámbito funerario segobrigense sobre calizas locales. En cambio, los diferentes *marmora* hallados en *Segobriga*, tanto foráneos mediterráneos (Luni-Carrara, Monte Pentélico, Paros, Tasos), como los escasísimos hispanos (Almadén de la Plata, Sevilla), se utilizaron para la esfera iconográfica de lo público, más acorde con el arte oficial metropolitano de la etapa augustea, coincidiendo con la municipalización de la ciudad ca. 15 a.C. (p. 228). Estos talleres segobrigenses pudieron influir en las *civitates* limítrofes de *Toletum*, *Consabura* o *Laminium*, evidenciando la existencia paralela de *officinae* bronceas, de nuevo con un carácter itinerante (p. 243).

Por otra parte, la investigadora del CSIC la Dra. Guadalupe López Monteagudo se adentra en el sugestivo tema de los aspectos económicos que proyectan las producciones musivas en la Meseta meridional (pp. 255-303). Este arte del mosaico es un “arte parlante”, ya que muestra un sinfín de calendarios agrícolas, ambientes terrestres y marinos, personajes mitológicos que se vinculan a actividades de producción y consumo, como Baco, Océanos, Medusa y Venus. En este interesantísimo estudio, la autora nos propone un recorrido por las villas y sus representaciones musivarias del s. III-IV, con ejemplos bien conocidos como los de Hellín (Albacete), La Vega Baja de Toledo, Saucedo y Carranque (Toledo), Alcázar de San Juan (Ciudad Real), y las adscritas a *Complutum* y *Ercavica*; en esta última destaca la espectacular villa de Noheda (Cuenca). Por tanto, se llegan a conclusiones sugerentes, como la importancia de la pesca en la cultura y en la dieta de la época, ya que ponen de manifiesto las relaciones de los acaudalados propietarios de estas *villae* del interior de Hispania con el tráfico fluvial a través de estas escenas de pesca, paisajes marinos y fauna íctica (p. 284). En otros casos, nos reflejan los gustos clásicos de los *domini* y su concepto del *otium*, con la lectura de las obras grecolatinas, los banquetes y las actividades cinegéticas. Hay en todas estas representaciones influjos del Mediterráneo oriental, de la *pars orientalis*, que aluden indirectamente a los “hispanos de Teodosio” (p. 298). En este sentido, este hecho parece constatarse, pese a los escasos vestigios epigráficos de estos mosaicos, que nos remiten a artífices orientales.

La profesora y catedrática Nuria Morère de la Universidad Rey Juan Carlos desarrolla un destacado estudio sobre la sal en la Meseta (pp. 305-334), un bien estratégico para las sociedades de la Antigüedad. Recordemos aquí la conocida sentencia: “nada hay más útil que el sol y la sal” (PLIN., *H.N.*, 31, 102). La autora se detiene, sobre todo, en el análisis de las fuentes –muchas veces esquivas, al igual que las arqueológicas–, el entorno geológico, que proporciona una serie de lagunas salobres, gracias a la fuerte insolación y evaporación, dando lugar a todo “un paisaje de la sal en el interior de Hispania”, que se trasmite al estudio de hidrónimos del tipo de “río Salado”, en Sigüenza, Guadalajara (pp. 318-322), y de la mencionada sal de *Egelesta*, probable municipio augusteo (pp. 323-327). Nos parece que su contribución aporta un sinfín de noticias sobre otros espacios peninsulares en que la sal también pudo estimular el interés de Roma en la urbanización y la promoción de la conectividad viaria territorial. Estos caminos ganaderos y de exportación de la sal estructuran el territorio de la Meseta Sur (p. 330), y no sólo de ésta, sino sus conexiones con la Meseta Norte y parte central del Valle del Ebro (pp. 332-334). Destaca particularmente la relevancia de la ganadería, asociada a los paisajes salinos, que proporcionan excelentes pastos, siendo detectados desde época prerromana en relación a determinados enclaves;

por ello, deberíamos recordar la cita de Apiano (APP. *Iber.*, 64, 70-71), mencionada en su trabajo por Mangas (p. 168), en la que Viriato realizó campañas de saqueo en la Carpetania, llegando a asolar *Segobriga* para robar ganado, no tanto por su riqueza minera. Otra actividad que es citada por Plinio es la salmuera (*muria hispana*, PLIN. *H.N.*, 31, 83).

Por su parte, los investigadores del Museo Histórico Minero, María José Bernárdez, Juan Carlos Guisado y Francisco Rufián, nos adentran en las particularidades del *lapis specularis* (pp. 335-388). Este yeso traslúcido de placas planas y exfoliables, que era utilizado para el cerramiento de ventanas, estaba presente en varios frentes de extracción del Imperio como Bolonia, Sicilia, Chipre, Capadocia, pero especialmente procedía de la *Hispania Citerior*, según Plinio (PLIN. *H.N.*, 3, 30). Estos autores han detectado veinticuatro complejos mineros en la región de Castilla-La Mancha, repartidos entre la provincia de Cuenca y Toledo (p. 344). Del mismo modo, los análisis de la composición geoquímica de isotopos pueden llegar a determinar las minas de extracción, junto a sus flujos comerciales. De hecho, se han localizado fragmentos laminados de este yeso en la *Insula 1* del Atrio del Molinete (Cartagena, Murcia), en Pompeya y Herculano, reforzando el uso intensivo de la vía *Carthago Nova-Complutum*. Todos los indicios apuntan a un producto bajo control imperial (*ager publicus*), desarrollado en época augustea, orientado a su comercialización y exportación (p. 361). Este “boom económico” del yeso especular, empezó a decaer a finales del s. I d.C. y comienzos del siglo siguiente, con el fomento del vidrio plano para ventanas, desarrollado por la técnica del soplado del vidrio. Paralelamente, se estaba produciendo la crisis de la minería en la zona, que afectó a la propia capital conventual.

Esta magnífica y completa monografía, se cierra por el propio Gregorio Carrasco, junto al arqueólogo José Luis Fuentes (pp. 389-435). Ambos firman un documentado estudio sobre la vajilla de mesa, *terra sigillata* hispánica altoimperial, procedente el complejo alfarero de *Tritium Magallum* (Valle del Najerilla, La Rioja), a partir de un exhaustivo análisis de más de setecientos fragmentos de *sigillata* procedentes de las colecciones del Museo de Ciudad Real. Este estudio, de carácter preliminar, llama la atención por la mayor orientación hacia las producciones tritienses de parte del territorio norte de la provincia de Ciudad Real, contrastando con los trabajos previos sobre *sigillatae* de *Sisapo* como centro receptor, con el dominio de las producciones béticas de *Isturji/Los Villares* de Andújar (Jaén). Al parecer, existe una interesante dualidad, que parece seccionar la provincia ciudadrealeña, respecto a la distribución de los mercados para las *sigillatas* hispánicas. El tema no es simple, ya que existían una serie de importantes centros de redistribución para la *terra sigillata* tritiense, como demuestran los estudios de M. Bustamante sobre la misma en *Augusta Emerita*.

En suma, nos encontramos ante un volumen magistral que, pese a incidir sobre un territorio cada vez más conocido, no deja de sorprender a los investigadores, ya que proporciona elementos que pudieran replicarse en otros *territoria* hispanos. Asimismo, es una monografía que como sus predecesoras ha sido excelentemente editada, con un notable aparato gráfico. En gran parte, la obra sigue el liderazgo científico de Gregorio Carrasco, figura clave y de referencia en el estudio de la Antigüedad del ámbito de la Meseta sur vinculado a Roma.

Juan Francisco Palencia García

Miembro Correspondiente de la Real Academia de Bellas Artes
y Ciencias Históricas de Toledo
e-mail: jonpalence@gmail.com